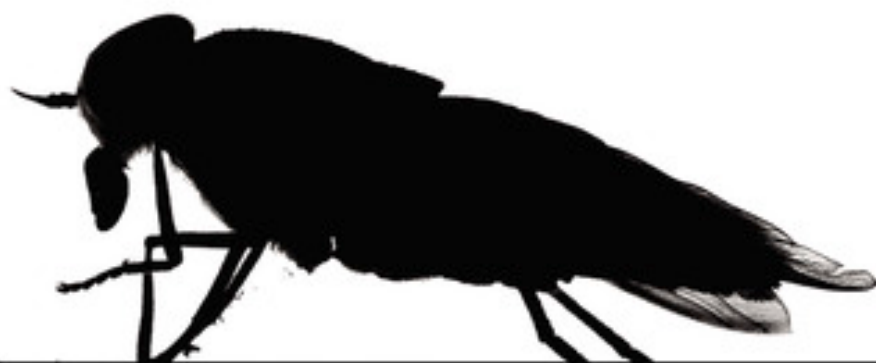


IVÁN ULCHUR COLLAZOS

ASESINO
*A mano
desarmada*
POR MI CULPA



Cómo cansa ser siempre uno mismo.

JULIO CORTÁZAR,
Rayuela, capítulo 36

*Es posible asesinar el alma —dijo Penélope—.
Pero es una muerte invisible, no como la otra.
Existe gente mala. Gente cruel que debería
ser castigada, si alguien pudiese castigarla.*

JOYCE CAROL OATES,
«Bestias», El alma asesinada

*Jamás lograba estar solo, sino siempre allí el otro.
El otro.*

MIGUEL DE UNAMUNO,
Abel Sánchez

*... los homicidios tantas veces atestiguados y recordados,
e incluso impresos, se suman hasta formar un mar o un
océano internos, una masa que empieza a abogarnos como
una enfermedad oculta o una llaga escondida.*

JORGE VOLPI,
La paz de los sepulcros

I. Confesiones minuciosas

Oigosuvozinsidiosamalévolayelsonidomolestodesussuciasalas-
deángelcaído.

¿Esa frase aglomerada de dónde viene? De por allá, que queda más allá.

Pero, antes de ese allá, necesito saber cuántas veces y en qué páginas se repite la palabra «culpa» en el Apocalipsis. De pronto, una mosca aterriza sobre las migas. La miro y escribo: «Pucha, es asquerosa y quiero aplastarla». Soy, pues, un posible asesino. El solo pensarlo me hace sentir culpable y no sé exactamente por qué. Anoche tuve una pesadilla inconclusa. Soñé que me enjuiciaban por ese motivo. Que tenía que comparecer ante un solo juez de la corte suprema llamado Teófilo. Me desperté, gracias a Dios. Pero mi espectro se quedó dormido, hecho un pendejo. No así una mosca que se había metido en mi cueva hedionda y chocaba conmigo en cada vuelta que daba. Zumbaba y zumbaba como diciéndome que estaba allí para vigilarme conviviendo con mi desolación: cerca, escondido por la yerba, yacía el cadáver de un gato de pelo gris esponjoso, velado por moscas cariacontecidas. Yo me puse triste, pues amo a los animales como a seres humanos.

Me pregunté quién lo habría asesinado y por qué. Simultáneamente, pegué un grito ensordecedor que me pareció que removía los edificios a mi alrededor e hizo que mis vecinos asomaran sus narices, escandalizados.

Se armó el cotarro entre los curiosos y llegó la policía. Me hicieron un improvisado interrogatorio:

—¿Sabes quién mató a este precioso gato? —me preguntaron.

—Yo no fui —contesté.

—Parece que lo envenenaron —dijo uno de los agentes.

—Pero yo no lo maté —les dije— y lo siento mucho. No tengo culpa de nada.

—¿Quién crees que lo envenenó? —me insistieron.

—No sé. Quisiera saberlo de todo corazón —les contesté.

—No nos estás mintiendo, ¿cierto?

—Lo juro por Dios. Estoy diciendo la verdad.

Se fueron pensando, a lo mejor, en que yo era el principal sospechoso de la muerte de ese misterioso animal. Pensarían que yo era el culpable. Claro que me sentía culpable, que es otra cosa.

Esta historia viene a cuento, animado por un relato infantil sumamente *ad hoc* para los acontecimientos criminosos de estas confesiones y por un asesinato sugerido en una novela norteamericana. El cuento se titula, adivinen...

1. «El príncipe feliz».
2. «El pastorcillo mentiroso».
3. «Ricitos de oro».
4. «Los tres cerditos».

En este cuento, el héroe es un iluso que mata a siete insignificantes moscas y se convence de que ha vencido a siete feroces guerreros. Sueña tanto que un rey le come cuento y lo compromete para que mate a un gigante y... ustedes, lo adivino, ya se lo saben al pie de la letra.

Taca, taca. Es JCO —podría ser Julie Christie Osborne— la responsable de que —mis detestables duendes se quedan calladotes— me haya lanzado a escribir por primera vez en mi traumática vida esto que llamo confesión, o qué sé yo. Entonces puedo contar mi historia, no sin aprehensiones inevitables de novato. Quiero ser sincero. No deseo encubrir lo que me pasa. Estoy —ellos no dicen ni mu— en el banquillo de los acusados. No hay vuelta de hoja.

Sé que la literatura conduce a una realidad inalcanzable, por más que me obsesione en entender. ¿Quién soy ahora? ¿De qué me siento responsable? Espero que ustedes me ayuden. Es complejo comprenderlo y decirlo. ¿Qué asesino no se declara inocente? Ellos —adivinen quiénes— lo saben y disponen del discurso que llaman verbigerativo, ya que solo no puedo lidiar con esto y les pido paciencia. Quizás soy asesino e inocente. No hay tatequieto. «Es un delito grave», gritan Ellos. Pero no hay evidencia alguna. ¿O si la hay? ¿Qué quiero decir? Lo he meditado mucho. Años, diría yo, echándole cabeza a esta condición tan ambigua. A este remordimiento que me guardé ante el confesionario a donde iba cada viernes a contarle al cura James Steward el pecado de siempre: «Me acuso, padre, de que tengo malos pensamientos». El padre, somnoliento y baboso, me mandaba la penitencia de siempre: tres padrenuestros y tres avemarías. No pasaba nada. De seguro, él buscaba pecados más horripilantes. Yo seguía con mi conciencia en calma aparente. Pero, recuerden: me confieso culpable.

Notelocreasporquetuconcienciaestásoliviantadaperoimpasible.
